

La Nueva España
28 Agosto 1966.

Aquellas horas muertas con Julián Cañedo

«Alvarín» —así me llamaba siempre Julián Cañedo Longoria— esta «corná» fue tremenda. Por poco...» Me lo decía aquella mañana que fui a verle al Sanatorio de la Concepción donde días antes le habían llevado apresuradamente para meterlo «in extremis» en el quirófano. Julián estaba comiendo y, cosa rara en él, con buen apetito. No hizo los consabidos remilgos a un plato de pisto y una pechuga de pollo que le sirvieron en una bandeja. Volví a verlo varias veces a la clínica. El día que se marchó, al despedirnos, no sabíamos que sería para siempre. Madrid por sus distancias e incómodos medios de transporte es ingrato con los amigos. Pasan meses sin verse. Por eso no volví a encontrarme con Julián, que vivía en un barrio muy distante del mío. En cambio cuando habitó en una casa de la calle de la Princesa, llegando ya a la Moncloa, nos reuníamos a diario. Durante tres años pasamos muchas horas juntos, charlando «mano a mano». Era en la taberna de un calmoso y agudo gallego que expensas de sus habitualidades culinarias y de servir buen vino se hizo rico. Vino, buen clarete de Valdepeñas, bebíamos Julián y yo. Allá al filo de las dos de la tarde llegaba su mujer, que con su desbordante simpatía se adueñaba ya de la conversación. Algún día que otro se nos juntaba Angela, la guapa madre de los Albaicín, llevada a la madera por nuestro paisano Sebastián Miranda. Los domingos la tertulia se ampliaba. Con nosotros se reunía otro asturiano, cuyo nombre no me viene ahora a la memoria, archivero de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, el bueno de Diego Terrero, y en algunas ocasiones estuvieron Marino Gómez Santos y Pepe Sala.

En la taberna de la calle de la Princesa había mucho con Julián. Conmigo se expansionaba. Tengo ante mí unos cientos de cuartillas que recogen muchos pasajes de su vida. Algunos fabulosos. Se franqueaba tanto que un día me dijo: «Voy a contarte algo que muy pocos saben. El tiempo ha echado una cortina sobre el caso». Y me relató cómo una vez, solamente en una ocasión, había toreado vestido de luces. Fue en Peñaranda de Bracamonte. Es una efemérides de la vida de Julián que cualquier día me extiendo sobre ella. Y quién sabe si también sobre otros hechos que de haber sido conocidos por don Pío Baroja le hubieran valido para dejar chiquito a Chimista. Pinceladas de su vida de estudiante, de sus actuaciones en los ruedos, matando toros auténticos en festivales benéficos, de su gran triunfo en Madrid cuando toreó con aquel que después habría de ser un portentoso rejoneador: Antonio Cañero. De aquella jornada triunfal para Julián —17 escribió: «Lo verdaderamente extraordinario de mayo de 1917— sobre la que Carrochano y asombroso fue la manera de matar de Cañedo. No conozco a ningún torero que domine esta suerte como él. Es un matador estupefaciente, de los que matan con la mano izquierda, o sea, con la muleta. A su primero le dio con la muleta en el hocico y metió el estoque algo trasero; salió limpiamente por el costillar; cruzó muy bien. En el último colmó la medida. Nunca he visto entrar así tres veces

a un toro. Los dos pinchazos en hueso y la última estocada hasta la mano, ahí quedarán para siempre como modelo de ejecución de la suerte de matar. ¡Cómo nos alegramos de que cogiera hueso para verle entrar otra vez y recrearnos en su maravilloso estilo, tan perfecto, desde la manera de salir limpiamente por la cola!»

Esta declaración de Carrochano y otros comentarios sobre distintas actuaciones de Julián fueron la comidilla en las tertulias de Fornos. Salieron a relucir los celos y las rencillas de los profesionales. A oídos de Julián llegó lo que alguien había dicho: «¡Claro!, estos señoritos tienen el favor de la prensa». Fue como un reto. De ahí vendría que nuestro paisano saliera vestido de luces en el ruedo de Peñaranda de Bracamonte.

¡Los toros! Fue la pasión de su vida. Y, ¡cómo toreaba Julián! Con Joselito y Belmonte actuó en varias ocasiones. La última vez que le vi torear, después de la guerra, fue en Buenavista, y precisamente con Juan Belmonte. Muchos recordarán todavía el festejo. Con Pérez de Ayala y Sebastián Miranda, constituyó el triunvirato del belmontismo. Sin embargo, en cierta ocasión me dijo: «A medida que pasa el tiempo me convenzo que Joselito era mejor. Ahora bien, José sin Juan no hubiera llegado a depurar su arte. Y Juan sin José hubiera sido un torero similar al Espartero». Pero ya no iba a los toros, abochornado por su decadencia. La última vez que fue a Las Ventas le acompañaba el que fue mozo de espadas de Gallito. Un vejete que se tocaba con sombrero ancho y llevaba tapado el cuello de la camisa encañonada con un pañuelo de color tabaco. Estuvimos juntos. Había ido a ver matar seis toros de Graciliano P. Tabernerero —los que ahora no quiere nadie—, a Antonio Bienvenida. A la salida de la plaza, Julián me dijo: «Es lo poco que le queda a la fiesta. ¿Has visto? Ni se despeinó».

La muerte de Pepa, su mujer, acabó con Julián. La recordaba constantemente. Sé bien de su angustia cuando Pepa ingresó en el sanatorio llevada ya de la mano de la muerte. También de su pena posterior. Se enfrascaba en la lectura para olvidar. Últimamente leyó a casi todos los filósofos que en el mundo han sido. También escribía. Sus artículos de ABC —anteriormente en LA NUEVA ESPAÑA— eran una maravilla. Posiblemente sobre su mesa de trabajo quedan escritos que habrían de ser publicados.

Valentín Andrés, al prologar el libro de Julián, «Los toros», esa obra admirable que todo el que se tilde de aficionado debería leer, dejó escrito: «El Julián Cañedo que todos conocemos no nació en Oviedo a final del siglo pasado, nació en Sevilla veinte años después». Acaso por eso, en una ocasión me habló así: «Alvarín, sé que muy pronto podré morir. Quisiera que la muerte me encontrara allí, en Sevilla». Llegada la hora fue a morir en Oviedo. Tarde conocí la noticia de su fallecimiento. Rezo por él. ¡Descanse en paz!

Madrid, 23 de agosto de 1966.

ALVARO ARIAS